

pre son resentidos que han llegado al movimiento revolucionario impulsados por sentimientos inferiores. Contra lo afirmado por Marx, la revolución no debería ser hecha por los que nada tienen que perder, sino por los que nada tienen que ganar (28).

El anacronismo histórico es a menudo fuente de conciencia, de realismo operativo: de lo insostenible de algunas posturas consideradas incoherentes respecto a un sistema de pensamiento se consolida la validez de los principios que están en la base de convicciones destinadas a estar afianzadas por la experiencia.

En el universo de las masas la anomalía, la incoherencia, la contestación representan las únicas formas de supervivencia del individualismo tradicional.

La masificación suprime los deseos individuales o trata de hacerlo, porque el Súper-Estado necesita hombres idénticos. En el mejor de los casos colectivizará los deseos, masificará los instintos, construirá gigantescos estadios para volcarlos en un solo grito, embotará las sensibilidades mediante la televisión, unificará los gustos mediante la propaganda y sus *slogans* y favorecerá una suerte de pan-onirismo, la realización colectiva de un sueño multánime y mecanizado: al salir de sus fábricas y oficinas, en que son esclavos de computadoras y maquinarias, entran al dominio de los deportes masificados o al reino ilusorio de los folletines y series fabricados por otras maquinarias (29).

Un universo sin perspectiva, pues está reducido a una enorme máquina productiva: el hombre ya no puede desear algo que no se puede realizar. La larga y ancestral pobreza a menudo hace que prefiera lo superfluo a lo necesario, lo inútil a lo útil, según un cálculo de compensación más bien que un principio equitativo o equilibrado.

Esta concepción trágica de la existencia alienta en buena parte de la literatura actual y explica que sus temas centrales sean a menudo la angustia, la soledad, la incomunicación, la locura y el suicidio (30).

Una creación engañadora que se atiene a trozos, episodios de la existencia, para ensancharlos y distinguirlos en sus volúmenes, en sus deformidades. Esto demuestra—sostiene Sábato—lo erróneo del primado de la economía en el análisis de los factores sociales:

---

(28) Ernesto Sábato: *Heterodoxia*, Emecé, Buenos Aires, 1972, pp. 120-121.

(29) Ernesto Sábato: *Apologías y rechazos*, cit., p. 127.

(30) Ernesto Sábato: *Hombres y engranajes*, Emecé, Buenos Aires, 1970, p. 110.

Ni a lo largo de la historia lo ha sido en todos los casos. El imperio de Mahoma no surgió por causas económicas. Factores religiosos provocaron la primera Cruzada, que tuvo enormes consecuencias económicas (31).

El océano desconocido, en el que el hombre de la técnica se aventura sin esperanza alguna de arribar a una tierra prometida ni de volver atrás, se perfila, en la concepción de Sábato, como el reino de las fuerzas primigenias faltas del afán de Dios (en un *telos* que se convierte en un *ethos*). Es como si el hombre tuviera la conciencia de volver a ser cosa, a desintegrarse en componentes inorgánicos y, por tanto, en poder de implosiones o explosiones energéticas cuyo advenimiento y curso son inimaginables.

Cuantificación y objetivación, lanzadas por la ciencia primero sobre el mundo de la materia exterior, han terminado por conquistar demoníacamente el mundo del espíritu, hasta la religión: Buber advierte cómo los ritos y los símbolos se convierten en productos muertos que sustituyen al mismo Dios y que, paradójicamente, se interponen entre él y el hombre; o, como dice Urs von Balthasar, la idea de Dios se ha vuelto una especialidad eclesiástica. La patética declaración de Nietzsche fue la verificación de que ya no vive en el corazón de los hombres, y la muerte de Dios, que miró con supremo espanto, va unida a un salto en el vacío, a un frío helado y al olor de una putrefacción: el que desprende ese Cadáver de lo Absoluto (32).

El desvanecimiento de la Edad Media marca la decadencia de las certidumbres religiosas y de la naturaleza fantasmática, llena de sugerencias y alusiones metafísicas. El hombre se encamina a transformar a la naturaleza en el artificio, en el reino de lo convencional, en el que sus opciones se pueden prever, discutir en los efectos y en los resultados. El fin de la caballería —marcado con habilidad bíblica por el *Quijote*, de Cervantes— desconforta y turba al alma de los sencillos que se preparan a convertirse, con desconfianza y astucia, en las clases emergentes, los nuevos habitantes de la Tierra. Sancho buscará defender a su sentido común de las sacudidas emotivas del Caballero de la Triste Figura para rendirse a la fantasía creadora de la Isla, del Sueño, de la Hazaña desesperada en busca de una Utopía equitativa. La medida de la rendición incondicional a la evidencia —la locura del Caballero— no se compensa por la unidad de consolidación en el progreso del género humano. Antes de insertarse en el sistema productivo,

(31) Ernesto Sábato: *Claves políticas*, Alonso, Buenos Aires, 1971, p. 34.

(32) Ernesto Sábato: *Apologías y rechazos*, cit., pp. 130-131.